

Nahuel Moreno

1982: Comienza La Revolución



Nahuel Moreno

1982: Comienza La Revolución

Primera Edición: Cuadernos de Solidaridad #2, Buenos Aires, enero 1988

Primera Edición de Internet: Ediciones El Socialista, Buenos Aires, febrero 2015

Diseño de tapa e interior: Daniel Iglesias

www.nahuelmoreno.org

www.uit-ci.org

www.izquierdasocialista.org.ar

Contenido

Introducción	1
La revolución triunfante	2
La génesis de la revolución	5
Bignone en el gobierno	9
Nuevas consignas para una nueva etapa	13
El estallido del peronismo y la construcción del partido socialista revolucionario de masas.....	20

Ediciones  *El Socialista*

Introducción

En junio de 1982, el general Bignone asumió el gobierno de la Argentina, tras haber logrado el apoyo de todos los partidos burgueses del país, fundamentalmente de los dos mayoritarios, el peronista y el radical. Para el autor de este trabajo, esa fecha ha pasado a ser parte de la historia nacional. Sin querer exagerar, consideramos que ha sido el acontecimiento más importante en lo que va de este siglo. Es la caída definitiva del régimen más sanguinario y totalitario que hayamos conocido en la Argentina. El derrumbe total de la dictadura genocida instaurada en marzo de 1976, que secuestró y asesinó a decenas de miles de personas.

Por eso tiene una trascendencia mucho mayor que otros hechos históricos que se le puedan comparar. La instauración del voto secreto y el triunfo de Irigoyen en 1916, por ejemplo, tuvieron menor importancia. Se derrotó al régimen conservador sostenido por el fraude electoral; pero ese régimen, comparado con el de Videla, era un colegio de señoritas o los Trabajadores de Emaús. Igualmente, la victoria electoral peronista de 1946, que Liquidó definitivamente la “década infame” y el “fraude patriótico”, es mucho menos trascendente. Fue la derrota de un régimen que, en 16 años, no llegó a asesinar a 20 opositores políticos. En cuanto a horrores, no hay comparación posible entre los gobiernos conservadores o los de la “década infame” y la última dictadura militar.

Junio de 1982 es pues, la fecha divisoria entre dos etapas. Las diferencias entre ellas son tan abismales que se pueden palpar. Durante 1981, toda persona que se reuniera en su casa con sus amigos para criticar al régimen militar corría el peligro cierto, si se los descubría, de ser secuestrada, torturada o asesinada. Desde que asumió Bignone, esa misma persona recorrió las calles de todo el país gritando “*se va a acabar la dictadura militar*”. O cosas peores, como “*son todos asesinos los milicos del Proceso*”, o “*paredón a todos los milicos que vendieron la nación*”. Y, salvo escasísimas excepciones, no le pasaba absolutamente nada.

El trabajo que sigue tiene el objetivo de analizar y definir qué es lo que pasó en el país a partir de la caída de Galtieri en junio de 1982 y del nuevo gobierno de Bignone. Trataremos de precisar científicamente lo que es evidente por sí solo: que se abrió una nueva etapa o surgió un nuevo régimen político. No se trata simplemente de constatar hechos evidentes, como los señalados más arriba, sino de definir el fenómeno que se produjo, las razones de ese cambio espectacular y las perspectivas que han abierto en la Argentina.

Nahuel Moreno, Mayo 1983

La revolución triunfante

El gobierno de Isabel y el putsch de marzo de 1976

En marzo de 1976, se produjo el putsch que llevó al poder a la siniestra dictadura militar, imponiendo y manteniendo durante seis años un régimen contrarrevolucionario férreo y estable, denominado “Proceso de Reorganización Nacional”. En muchos aspectos, el Proceso fue la continuación del gobierno reaccionario de Isabel Perón, como lo demuestran los secuestros y asesinatos que se perpetraron bajo ambos regímenes. Pero hubo diferencias decisivas entre ellos. La fundamental fue que Isabel no pudo derrotar a la clase obrera. Por el contrario, el ascenso de las luchas detonado por el “Cordobazo” de 1969 se mantuvo, en líneas generales y con los inevitables vaivenes, hasta el fin del gobierno isabelista. La mejor prueba fue la gran huelga general contra Isabel y sus ministros Rodrigo y López Rega en 1975, antecedida por las ocupaciones de fábricas de 1973 durante el gobierno de Cámpora, y seguida por la preparación casi espontánea de una nueva huelga general contra el sucesor de Rodrigo, el ministro Mondelli. La traición de la burocracia sindical peronista impidió la concreción y triunfo de esa nueva huelga general que seguramente habría derrocado a la propia Isabel e impedido el golpe de estado. Pero lo cierto es que, en 1975, la clase obrera estaba tanto o más combativa que cuando el Cordobazo.

Justamente el gobierno de Isabel (julio 1974 a marzo 1976) vivió de crisis en crisis porque su proyecto político era poner en vereda a los trabajadores, cerrando la etapa prerrevolucionaria que se había abierto con el Cordobazo. Pero ese proyecto fracasaba una y otra vez por la tenaz resistencia del movimiento obrero. Por eso, bajo su gobierno subsistió un amplio margen de libertades democráticas y parlamentarias. Los partidos políticos, así como los sindicatos, con sus comisiones internas y cuerpos de delegados siguieron siendo legales. Había una relativa libertad de prensa y de reunión. En síntesis, el gobierno de Isabel fue semidictatorial, reaccionario, pero no una férrea dictadura contrarrevolucionaria como la que lo sucedería, porque no pudo liquidar la etapa prerrevolucionaria abierta con el Cordobazo derrotando a la clase obrera.

Los radicales y el ala política del peronismo querían que Isabel terminara con la situación prerrevolucionaria, encuadrándola en un régimen burgués serio y estable de tipo presidencial parlamentario, lo que los marxistas hemos definido como reacción o contrarrevolución democrática. Este deseo era compartido por los sectores más influyentes de la propia cúpula militar, que no deseaba dar un golpe por temor a la posible reacción del movimiento obrero, comprobada más de una vez en las últimas décadas de nuestra historia. Pero Isabel pretendía imponerse como un gobierno de tipo bonapartista reaccionario, totalitario, y fracasaba una y otra vez al chocar con la resistencia obrera. En ese juego de ofensiva isabelista y contraofensiva de los trabajadores, la estabilidad del sistema capitalista semicolonial en su conjunto estaba amenazada. Y a esa amenaza se sumaba la provocación sistemática de la guerrilla aventurera. La burguesía y los militares no tuvieron otra alternativa que arriesgarse a dar el putsch contrarrevolucionario, aprovechando para ello la gran confusión y parálisis provocadas por la traición de la burocracia sindical en el seno de la clase obrera a fines de 1975 y comienzos de 1976, cuando se negó a seguir las huelgas hasta echar a Isabel.

Así fue derrocado el régimen semi dictatorial-semi parlamentario de Isabel Perón, y lo que es más importante, las masas trabajadoras fueron drásticamente derrotadas. Se cerraba la etapa prerrevolucionaria

abierta con el Cordobazo. Y se imponía el primer régimen abiertamente contrarrevolucionario que se ha conocido en la Argentina.

La dictadura militar

A partir del golpe militar son drásticamente suprimidas todas las libertades democráticas. Se intervienen las organizaciones obreras, se congela la actividad de los partidos políticos, se impone la censura y se controla toda la vida social y cultural. La dictadura militar masifica e institucionaliza los métodos de guerra civil selectivos, los secuestros y asesinatos de activistas obreros, sindicales, políticos, estudiantiles y guerrilleros, que ya venían aplicando López Rega y la burocracia sindical escudados bajo la sigla de la Triple A. El aparato estatal, militar y policial se transforma en una Triple A. La cantidad se transformaría en calidad: los centenares de muertos bajo Isabel se transforman en decenas de miles bajo la dictadura. Los métodos de guerra civil selectiva, que eran un rasgo importante pero no el fundamental del gobierno isabelista, se convierten en la característica dominante del nuevo régimen.

El terror de Estado no se vuelca exclusivamente contra la guerrilla. En pocos meses el dispositivo militar de ésta y su propia dirección quedan aniquilados, con sus sobrevivientes en el exilio. Pero el terror sigue en un “crescendo” diabólico contra todo lo que se consideraba progresivo.

La clase obrera, abandonada por su dirección sindical cobarde y venal, sufre una dura derrota. Su vanguardia, los activistas que organizaron y encabezaron las grandes luchas del período 1969/75, es asesinada por miles o forzada al exilio por centenares de miles. Por primera vez en su historia, el pueblo argentino comprueba atónito con sus propios ojos lo que es un genocidio.

El cambio en las relaciones de fuerza entre las clases es abrupto. La clase obrera pasa de la ofensiva del período anterior a una retirada en desorden. La burguesía se lanza a un ataque implacable.

Este cambio en las relaciones entre las clases produjo, como no podía dejar de hacerlo, un cambio de régimen gubernamental o estatal. El isabelismo fue un régimen reaccionario pero con un amplio margen de libertades democráticas: los partidos y el parlamento seguían existiendo y tenían un peso real, aunque no fuera preponderante, en el sistema de gobierno. Existían los sindicatos y en su seno, a nivel de los organismos de base, las comisiones internas y los cuerpos de delegados, una amplia franja de la clase obrera había derrotado a la burocracia sindical e impuesto direcciones clasistas o de izquierda. El Proceso, en cambio, suprimió ese juego institucional, liquidando al parlamento y anulando el rol de los partidos políticos. Inauguró así un régimen totalitario, asentado en el gobierno de las Fuerzas Armadas, cuya primera medida fue eliminar todo vestigio de democracia obrera. Se intervino militarmente a muchos sindicatos y en los no intervenidos se prorrogó indefinidamente el mandato de los burócratas. Se destruyeron las comisiones internas y cuerpos de delegados. Se asesinó o se obligó a dejar las empresas y hasta el país a los activistas y dirigentes clasistas o de izquierda.

La máxima institución de gobierno del Proceso es la Junta de Comandantes en jefe. No aparece, como en el Chile de Pinochet, un dictador absoluto y omnipotente. En este aspecto, el régimen argentino se parece al uruguayo, donde las Fuerzas Armadas gobernaron a través de un mandadero (en su caso de civil) débil, sin fuerza propia. El poder colegiado que se expresaba en la Junta Militar llegaba al extremo apenas se comenzaba a descender los escalones del aparato estatal. El llamado “feudalismo militar” consistió en el reparto de un tercio de dicho aparato para cada fuerza armada. En ese tercio, que incluía desde algunos ministerios hasta las radios y canales de televisión, pasando por las gobernaciones de provincia, no mandaba el presidente ni la Junta. Los ministros y gobernadores eran del ejército, la marina o la aeronáutica y sólo obedecían y rendían cuentas al respectivo Comandante en Jefe.

Cae la Junta asesina

A partir de la derrota argentina en la guerra de las Malvinas en junio de 1982, la situación cambia abruptamente en todos los órdenes. El cambio fundamental que se produce es el del régimen político: el Proceso no existe más.

Cae Galtieri y se disuelve la Junta Militar. Sube al gobierno el general Bignone nombrado exclusivamente por el ejército y sostenido por los partidos. Toda la estructura jurídica del Proceso se cae a

pedazos, reflejando la caída del régimen con sus instituciones. Según el “Estatuto” del Proceso, el órgano máximo del Estado era la Junta, pero ella desaparece. El presidente debía ser nombrado por esa Junta, pero es nombrado por una sola fuerza, el Ejército. Seguía vigente la “veda política”, pero los partidos son llamados formal y solemnemente para que legitimen al nuevo presidente antes de que éste asuma (y como condición ineludible para que pudiera hacerlo).

La primera acción de gobierno de Bignone será levantar la “veda política”, un reconocimiento tardío de la nueva situación. Ya desde la caída de Galtieri, los partidos políticos habían pasado de estar “congelados” a ser árbitros de la situación. Y desde su reunión con Bignone en adelante pasan de hecho a cogobernantes, desplazando a la Junta de Comandantes en Jefe y convirtiéndose en el soporte decisivo para el mantenimiento del gobierno.

En lugar de un gobierno fuerte y totalitario como fueron los del Proceso, el de Bignone (junio 1982 a noviembre 1983) es débil, más bien lastimoso. En lugar de la censura y el totalitarismo, se abre la etapa más democrática que ha conocido el país en los últimos 50 años.

La prensa logra un alto grado de libertad. Toda corriente política publica lo que quiere, inclusive los trotskistas y socialistas revolucionarios. Diarios, revistas y libros marxistas se venden libremente. La censura se va extinguiendo.

Los partidos políticos abren miles de locales, incluidos los trotskistas, maoístas y los ex montoneros que actúan como corrientes internas del peronismo. Cualquiera pega carteles o pinta paredes a su antojo.

Toda reunión pública o manifestación que solicite la correspondiente autorización policial la consigue instantáneamente. Y si no la solicita da lo mismo, porque no sólo no se la reprime sino que la policía corta el tránsito para facilitarla.

Los jefes militares, denunciados pública o semi públicamente de haber dirigido secuestros y asesinatos con un poder absoluto y sin retaceos y una impunidad garantizada, empiezan a ir a la cárcel.

Esto no quiere decir que no hayan subsistido elementos del pasado contrarrevolucionario. Bajo Bignone son asesinados Dupont, Dalmiro Flores, Pereyra Rossi y Cambiasso, pero son cuatro asesinatos en 15 meses, y antes fueron miles por año. Se declaró ilegal la segunda huelga general, pero la huelga se hizo y no pudieron tomar represalias. Se prohibió una marcha de las Madres de Plaza de Mayo, pero la marcha se hizo y no pudieron reprimir. Se censuraron algunas publicaciones, pero los propios jueces nombrados por el Proceso levantaron la censura.

Concretamente, a partir de junio del año pasado, la Argentina es un país completamente diferente, que no tiene nada que ver con el anterior. Estamos viviendo una etapa o régimen (o como lo queramos llamar) absolutamente distinto a la del horror y el terror que sufrimos durante los seis años y tres meses que van desde el golpe de marzo de 1976 hasta junio de 1982. El que no vea y reconozca que la de antes y la de después de esa fecha son dos situaciones total y absolutamente distintas es un sectario incorregible. §

La génesis de la revolución

La caída del régimen contrarrevolucionario en junio de 1982 y el comienzo de un nuevo régimen o etapa, de tipo democrático, con la subida de Bignone, no se produjo por generación espontánea, ni fue un relámpago en un cielo despejado. Como todo fenómeno, tiene una historia que lo explica, un proceso que conduce a él, una génesis. Ese proceso tiene tres etapas o períodos claramente delimitados.

El primer período comienza con la crisis económica y el gobierno de Viola y se prolonga a lo largo del gobierno de Galtieri hasta que empieza la guerra de las Malvinas. Se caracteriza porque, aunque el gobierno continúa siendo relativamente sólido, estalla la crisis económica más profunda del sistema capitalista semicolonial argentino desde 1929 y a su compás, empieza la crisis del gobierno militar. La dictadura pierde el apoyo casi masivo que hasta ese entonces le había brindado la clase media y se extiende la resistencia obrera y popular. La situación evoluciona de contrarrevolucionaria durante todo el año 1981 a prerrevolucionaria.

El segundo período es el de la guerra propiamente dicha. Empieza el 2 de abril de 1982 y culmina con la derrota militar en el Atlántico Sur. En ella se combina la irrupción del movimiento de masas que apoya la reconquista de las islas con la colosal agudización de la crisis económica e institucional de la dictadura militar. La evolución de la situación de contrarrevolucionaria a prerrevolucionaria se acelera al máximo y pasa a ser directamente revolucionaria.

El tercer período se inicia con la derrota militar, continúa con la caída de Galtieri y culmina con el gobierno de Bignone, que abre un período o régimen de libertades democráticas como jamás habíamos visto en la Argentina. Este es el período de la crisis revolucionaria, que entierra al viejo régimen y hace surgir uno nuevo.

Primer período: crisis del gobierno y del sistema

A principios de 1980 el país es sacudido por la crisis económica más grave de esta posguerra. Más que una crisis es el derrumbe de la economía capitalista nacional, después de décadas de degradación y decadencia. El hundimiento de los mayores grupos financieros del país (Trozzo, Greco, Sasetru), la espectacular fuga de divisas, la quiebra de la famosa política monetarista con sus “tablitas” que mantenían deprimido el dólar en relación a la moneda nacional, la disparada incontrolable de la divisa norteamericana, la inflación vertiginosa, mostraron el fracaso absoluto de la política económica de Videla-Martínez de Hoz, agentes directos de los financieros imperialistas y nacionales. Esta catástrofe económica provocó cambios en las relaciones entre las clases, entre sus diferentes sectores y entre todas ellas y el gobierno.

La clase media, que había medrado y paseado como turista por todo el planeta gracias a las migajas que le tiraba la patria financiera de la millonada que sacaba de la súper explotación de los trabajadores y de la rapiña del país, se encontró, de un día para el otro, con que se le había acabado la “plata dulce”. Los mismos que habían festejado el genocidio porque les brindaba el orden y la seguridad para disfrutar en paz el festín, rompieron violentamente con la dictadura. A partir de entonces se ubicaron del lado de la clase obrera y el pueblo trabajador, los únicos que venían enfrentando al régimen desde el principio, sin perder por ello la inestabilidad y cobardía propias de la pequeña burguesía. Este fue el cambio más

importante en la situación porque dejó a la dictadura sin ningún tipo de apoyo social de masas. El pasaje de la clase media al campo de la clase obrera y a la oposición al régimen es precisamente el síntoma más claro de que una situación empieza a transformarse en prerrevolucionaria.

El resultado fue que todo el pueblo comenzó a enfrentar a la dictadura militar. No lo hacía unido en un gigantesco movimiento, sino en forma dispersa, molecular. No tenía un claro eje político común. Esto era así porque las direcciones de masas, el peronismo, el radicalismo y la burocracia sindical se cuidaban como de la peste de levantar la consigna de “Abajo la dictadura” y de hacer confluir todas las rebeldías en un solo movimiento y acción anti dictatorial y democrático.

Las luchas, las resistencias se dieron entonces fragmentadas y por objetivos parciales, aunque todos ellos provocados por el régimen militar. Se peleaba por problemas económicos en las fábricas, en resistencia al hundimiento de las economías regionales, protestando contra la censura entre los intelectuales y artistas, reclamando por los desaparecidos entre sus familiares y por odio general contra la política económica de la dictadura.

El llamado a la huelga general de la CGT Brasil, el 22 de julio de 1981, tuvo una respuesta importante pero solo parcial. Las acciones de las Madres de Plaza de Mayo no encontraban una respuesta masiva. Sin embargo ya eran señales, débiles aún, del profundo cambio en la mentalidad y actitud del movimiento de masas, que había empezado su resistencia activa al régimen.

En el campo de la burguesía, la crisis, que había comenzado por la economía, se extendió y profundizó a todos los niveles. Los partidos burgueses, principalmente el peronismo y el radicalismo se dividían en fracciones públicas. Los diferentes sectores de la burguesía no se ponían de acuerdo y se enfrentaban entre ellos a la hora de definir una salida económica y sus relaciones con el gobierno. La burocracia sindical cristalizaba su división en dos centrales y varias fracciones — los “20”, los “25”— con disciplina propia.

Esta crisis generalizada empezó a golpear el corazón del propio régimen. Ya hubo taquicardia cuando se designó, tras largas deliberaciones, al general Viola como sucesor de Videla en marzo de 1981. Y ya sufrió el primer infarto cuando Viola se vio obligado a dejar la presidencia en diciembre del mismo año, después de haber fracasado en sus intentos de remontar la crisis económica y montar un partido oficialista para instrumentar una salida “a la brasileña”. Videla había durado cinco años, Viola sólo seis meses. El “Estatuto” del Proceso, por el cual los presidentes designados por la Junta de Comandantes duraban 3 años había dejado de cumplirse por primera vez. En diciembre de 1981 asumió la tercera Junta, encabezada por Galtieri.

Una prueba adicional del cambio en la situación fue la fundación de la Multipartidaria en julio de 1981. El más lúcido de los dirigentes burgueses vivos, el radical Ricardo Balbín, tuvo un fino olfato para detectar ese cambio y preparar una salida para que la situación no evolucionara a francamente prerrevolucionaria o directamente revolucionaria. El título del documento fundacional de la Multipartidaria, **“Antes de que sea tarde”**, habla por sí mismo.

Segundo período: la guerra abre una situación revolucionaria

La iniciación de la guerra de las Malvinas en abril de 1982, fue una maniobra de los elementos más desclasados y reaccionarios del régimen, encaramados al gobierno con Galtieri. Su objetivo más importante fue tratar de desviar hacia los ingleses el odio popular contra la dictadura, cuya más reciente expresión había sido la manifestación del 30 de marzo de la CGT Brasil que derivó en fuertes choques en las calles con la Policía, por primera vez desde 1976. El célebre reportaje a Galtieri, así como los recientemente publicados informes de la “Comisión Rattenbach” demuestran que jamás se les pasó por la cabeza hacer una guerra antiimperialista. Ellos preveían un paseo militar, simbólico y estaban seguros de ganar en la mesa de las negociaciones por el supuesto apoyo del imperialismo yanqui, su fraternal socio y aliado en la represión a las masas en Argentina y América Central. Pensaron que gracias a ese hipotético triunfo harían olvidar a los trabajadores la crisis económica y los crímenes del régimen y ganarían para sí mismos seis años más, como mínimo, de disfrute del poder... y de los millones de dólares que podrían seguir robando.

Pero el efecto de la recuperación de las Malvinas resultó ser exactamente el opuesto del que esperaban quienes la causaron: en lugar de conjurar la crisis, abrieron una clara situación revolucionaria.

Varios errores de cálculo fueron trágicos para la dictadura.

El **primer error** saltó a la vista cuando el imperialismo yanqui no sólo no la secundó sino que, junto a los restantes países imperialistas, apoyó con todo al imperialismo inglés. A partir de entonces, el régimen quedaba entre la espada y la pared. Para ganar la guerra a todo el imperialismo mundial debía tomar medidas revolucionarias: movilización y armamento de todo el pueblo, guerra económica sin cuartel a todos los países enemigos (no pago de las deudas y expropiación de sus empresas), reclusión de los capitalistas y ejecutivos de las potencias enemigas en campos de concentración, llamado a la lucha anti imperialista a los pueblos latinoamericanos y del “Tercer Mundo”, exigencia pública de ayuda militar a la URSS y demás estados obreros, ataque a la flota inglesa apenas se pusiera al alcance de las armas argentinas, etcétera. Pero nada de eso estaba dispuesto a hacer.

Rendirse sin luchar y retirar las tropas era la otra salida “sensata”, pero era un suicidio político, porque el régimen había cometido un **segundo error** de cálculo que le resultaría fatal: había intentado manipular a las masas para que apoyaran “su guerra”. Ese intento, cuya primera consecuencia fue la gran manifestación popular del 3 de abril, produjo el estallido de la primera movilización unida y revolucionaria anti imperialista del movimiento de masas argentino desde 1976. El movimiento de masas transformó la demencial aventura guerrera cuyo objetivo ultra reaccionario era perpetuar la dictadura, en una movilización revolucionaria a escala nacional y latinoamericana, contra el imperialismo inglés, el yanqui y todas las demás potencias imperialistas. La guerra y las movilizaciones que provocó lograron imponer un frente antiimperialista de la nación argentina con todos los movimientos anti imperialistas del mundo y con los países latinoamericanos conmovidos por la agresión imperialista y agredidos, también ellos, por el saqueo económico de la gran banca mundial y el FMI. Más importante aún, logro soldar, con una firme voluntad revolucionaria, a la clase obrera con todos los otros sectores explotados en una única movilización de masas. Y el objetivo de esa movilización no fue el que habían planeado Galtieri y sus hombres de preservar al régimen, sino el de derrotar al imperialismo. Gracias a ello, los trabajadores superaron finalmente la etapa de luchas parciales, fragmentadas y defensivas de la preguerra.

Por último, el **tercer error** de cálculo de la dictadura fue creer que con la guerra podía superar la crisis del régimen. Ocurrió todo lo contrario. Como toda guerra, ésta hizo aflorar toda la podredumbre y las contradicciones de la dictadura y del propio sistema capitalista semi colonial. La burguesía y sus partidos, casi unánimemente, rechazaron espantada y cobardemente hasta la idea de luchar contra el socio mayor imperialista, y quedó enfrentada de hecho con Galtieri. Las Fuerzas Armadas trasladaron al terreno de la guerra el feudalismo militar que les servía para repartirse la rapiña del país: en ningún momento hicieron un comando unificado y regateaban entre ellas la parte que les tocaba del sacrificio de hombres y equipo para no perder poder en el territorio continental del cual hacía seis años que se llevaban su botín de fuerzas de ocupación. Sectores de la oficialidad estaban dispuestos a ganar la guerra, por amor propio profesional o por la influencia ideológica de un rancio nacionalismo católico de ultraderecha, mientras otros sectores huían del combate para refugiarse en la retaguardia a hacer nuevos y lucrativos negocios con los víveres, los dineros y hasta los armamentos y municiones.

La dictadura quedó prisionera de estos tres errores. Quiso hacer un paseo militar para salvar su régimen contrarrevolucionario y terminó envuelta en una guerra con el imperialismo mundial. Quiso superar la crisis que la corroía y provocó que la crisis explotara. Y el peor de los tres errores, llamó a la movilización de las masas para una guerra patrioter y obtuvo como respuesta la irrupción revolucionaria antiimperialista de los trabajadores y el pueblo. Al volcarse Norteamérica al campo inglés, sólo podía ganar la guerra con medidas revolucionarias, que de ninguna manera estaba dispuesta a adoptar. Pensó, como lo confesó Galtieri y lo confirma la “Comisión Rattenbach” en retirarse sin luchar, pero no pudo porque las masas estaban en las calles. Y a partir de entonces fue una hoja en la tormenta: ni hizo una guerra en serio ni se retiró sin dar batalla. Se condenó a sí misma a la derrota militar, la cual, para un régimen militar, es la peor de las derrotas.

La movilización de masas comenzó contra el imperialismo inglés, continuó contra el yanqui, estrechó lazos con los pueblos latinoamericanos, y por último, ante la vergonzosa capitulación, terminó enfrentando al propio Galtieri y a la dictadura en general, por ineptos y traidores en la conducción de la guerra, como ocurrió cuando las masas silbaron e insultaron a Galtieri en una concentración popular en Plaza de Mayo, al grito de “**los pibes murieron, los jefes los vendieron**”, el 15 de junio.

La crisis llegó y caló profundamente también en la burguesía y sus partidos de masas. Porque la irrupción y unidad revolucionaria del pueblo trabajador contra el imperialismo fue lo opuesto por el vértice a lo que hicieron los burgueses y sus partidos que, salvo minúsculos sectores, no querían romper ni enfrentar al imperialismo. El Papa vino al país del 8 al 12 de junio para reforzar esa actitud derrotista de la burguesía y sus partidos. Sus misas, predicando la paz cuando los ingleses empezaban la lucha definitiva para tomar Puerto Argentino, buscaban movilizar a las masas pequeño-burguesas y burguesas para imponer la capitulación. Y todos los partidos burgueses, junto al stalinismo y a P.O. llamaron a concurrir a ellas. Así se provocó una diferenciación radical entre la burguesía y sus partidos por un lado y el pueblo por otro. Porque quien se movilizaba para apoyar la guerra dándole un carácter antiimperialista fue el pueblo, y no la burguesía derrotista. Quizás quien peor parado salió de este proceso fue el peronismo, que tras 40 años de declamar su carácter de movimiento nacional antiimperialista, a la hora de la verdad estuvo ausente sin aviso.

El conjunto de estos elementos nos llevaron a definir la etapa de la guerra como una situación revolucionaria, porque allí se combinó una crisis virtualmente total del régimen militar y el conjunto de las instituciones de la burguesía, incluyendo las Fuerzas Armadas y los partidos políticos, con la irrupción ofensiva, revolucionaria de la clase obrera y el pueblo en una inmensa movilización general unificada en torno a un eje político revolucionario: la derrota del imperialismo.

Tercer período: crisis revolucionaria y triunfo de la revolución

La derrota en la guerra, con la capitulación de Puerto Argentino el 14 de junio provocó un nuevo salto en la crisis general del sistema y del régimen militar, llevándola a límites insospechados, con la caída de Galtieri y el nacimiento de un nuevo régimen.

Galtieri es destituido por un golpe palaciego el 16 de junio y durante largos días no se puede nombrar a nadie que lo reemplace. Al disolverse la Junta Militar, el país se queda sin instituciones que gobiernen, porque ella era la institución fundamental del régimen militar. El “feudalismo militar” llega al extremo porque al desaparecer la Junta, cada fuerza armada sigue haciendo lo que quiere en el sector del aparato estatal que controla, pero ahora sin tener que rendir cuenta a ninguna institución de tipo centralizado o nacional.

Esta situación de total colapso de las instituciones nacionales de gobierno de la burguesía hasta ese entonces — la Junta y el presidente nombrado por ésta— y el hecho de que durante días y días no aparezca ninguna otra institución o personalidad para llenar ese vacío es lo que denominamos crisis revolucionaria.

Como hemos visto en el capítulo anterior, el resultado de esa crisis revolucionaria fue la destrucción del viejo régimen, o sea del Proceso, y el nacimiento de un nuevo régimen, el que formalmente preside Bignone, que es exactamente lo contrario. Antes era un régimen fuerte, contrarrevolucionario, genocida y totalitario; ahora es un régimen débil, con amplísimas libertades democráticas. Antes gobernaba la Junta y el presidente por ella designado; ahora son los partidos políticos el principal sostén institucional del poder. Precisamente porque hubo una crisis revolucionaria que culminó con la destrucción del viejo régimen y su reemplazo por uno nuevo diametralmente diferente, decimos que en nuestro país triunfó una revolución. §

Bignone en el gobierno

El carácter del gobierno Bignone

El 1o de julio asumió, por fin, el general Bignone la presidencia. El hecho de que Bignone fuera un general formalmente “designado” por otros generales, pudo confundir una definición precisa de su régimen y gobierno. Más aún cuando, algunos meses después de su asunción, se reconstituye la Junta de Comandantes en jefe. Desde el punto de vista formal, de las instituciones, podría pensarse en un gobierno del Ejército apoyado por la Multipartidaria que, con la nueva Junta, se convierte en un gobierno parecido al de Videla, Viola o Galtieri, apoyado y acordado con los partidos políticos.

Pero no es así. Lo que importa no es que el Ejército haya nombrado a Bignone, sino cuándo y por qué motivos lo nombra. Antes de asumir y para poder hacerlo, Bignone pidió el apoyo de todos los partidos políticos — fundamentalmente del peronista y el radical— y de la burocracia sindical. En la reunión que tuvo con ellos el 24 de junio, Bignone dijo que no sabía si iba a asumir ni cuántos días iba a durar si no se le daba ese apoyo. Los partidos que controlaban al movimiento de masas — el peronismo con su burocracia sindical al movimiento obrero y el radicalismo a la clase media — le dan ese respaldo en forma absoluta. Se transforman así en su apoyo institucional más sólido, porque la Aeronáutica y la Marina no lo hacen y posiblemente sectores importantes del propio Ejército tampoco.

Esta capitulación del ejército, este pedido de auxilio a los partidos políticos, no es un favor de la alta oficialidad, sino que es provocada por la crisis total de poder, por la revolución triunfante.

Esto es evidente, no sólo por el papel preponderante que asumen los partidos políticos, sino por el categórico programa del nuevo gobierno: la liquidación total desde el punto de vista institucional del régimen militar, amplias libertades políticas y elecciones a plazo fijo. A diferencia de Videla, Viola y Galtieri, Bignone no es presidente para que el régimen, el Proceso, se perpetúe, sino para terminar de enterrarlo, con un sepelio “digno”. Es el administrador de la derrota del Proceso, que las tres Fuerzas Armadas reconocen. No es casual que, estando en desacuerdo sobre todo lo humano y lo divino, la vieja Junta, antes de estallar en pedazos, se haya puesto de acuerdo en un solo y único punto: convocar a elecciones y fijar el mes de marzo de 1984 como fecha tope para la entrega del poder.

Una de las grandes tareas que se le da al gobierno de Bignone es reconstruir urgentemente la unidad de las tres Fuerzas Armadas, pilar del estado burgués. Es decir, que la burguesía y los propios militares reconocen que hay una crisis total, de tipo revolucionario, que se prolonga, y que es necesario reestructurar la Junta. De allí que esa reestructuración apunte fundamentalmente al “frente interno” de unas Fuerzas Armadas fragmentadas. Es totalmente formal. No se logra una Junta sólida ni fuerte, ni fortificar al gobierno de Bignone. Nunca más la Junta de Comandantes en jefe recuperará su papel de máximo organismo de gobierno, definitivamente perdido con la caída del régimen. Y el gobierno de Bignone será extremadamente débil, prácticamente sin ninguna fuerza, un muerto en vida que prolonga su agonía o, como dicen los médicos, “tiene sobrevida”, pero ya está muerto. Porque es el hijo — más bien el aborto — de una revolución triunfante y, por su absoluta debilidad, definimos al gobierno de Bignone como kerenskysta o semi kerenskysta.

Una nueva situación revolucionaria

La constitución del gobierno de Bignone cierra la crisis revolucionaria porque, mal que bien, llena el vacío de poder que se produce entre la caída de Galtieri y su asunción de la presidencia, durante el mes de junio de 1982. Pero no altera la característica más general de la situación, que sigue siendo revolucionaria. Cuatro factores caracterizan esta nueva etapa de la situación revolucionaria.

El primer factor es la ida inexorable hacia las elecciones. El segundo, la apertura democrática y legal extraordinariamente amplia. El tercer factor es la agudización de la crisis del sistema capitalista semicolonial y, como parte de ella, la del gobierno y demás instituciones burguesas, que se vuelven extremadamente débiles. El cuarto es la extensión de la movilización de masas, que presenta como rasgo fundamental la aparición en escena de la clase obrera, con sus organizaciones y métodos de lucha tradicionales, los sindicatos, las huelgas y las movilizaciones, y las huelgas generales, como caudillo indiscutido del pueblo trabajador.

Sobre los dos primeros factores ya nos hemos detenido en capítulos anteriores. Veamos ahora el tercero y el cuarto.

Lo que caracteriza a la etapa abierta por Bignone es que la movilización, de masas unitaria y revolucionaria contra el imperialismo durante la guerra, se ha transformado en una gigantesca lucha contra las Fuerzas Armadas, contra las expresiones más terribles del gobierno militar y del sistema capitalista semicolonial argentino. Ese es el significado de las grandes manifestaciones contra los impuestos, de las ocupaciones de terrenos y viviendas y la resistencia a los desalojos e indexaciones de los alquileres y cuotas, de la insubordinación y la protesta pública contra la alta oficialidad, de las movilizaciones regionales contra una política gubernamental que condena a las provincias a una decadencia sin remedio, de la masividad creciente de las marchas de las Madres de Plaza de Mayo contra el genocidio y por las libertades democráticas y de las huelgas policiales en cadena por aumentos de sueldo y con ollas populares.

En medio de esta avalancha de luchas, de este estallido masivo del odio acumulado contra los militares, irrumpe la clase obrera con su primera huelga general el 6 de diciembre. Una huelga claramente política porque ninguno de los huelguistas tenía la menor ilusión de que ganaría con ella el más mínimo aumento salarial. Y también una huelga revolucionaria, porque la clase obrera arrastró detrás de sí, masivamente, a todo el pueblo: pequeños comerciantes y transportistas, trabajadores por cuenta propia, etc. Seguida de una segunda huelga general en marzo de este año, con las mismas características, que tuvo un dejo de burla a las amenazas grotescas del gobierno que la había declarado “ilegal”. Sin disminuir la importancia de la movilización popular y democrática, las huelgas generales son, de lejos las expresiones más importantes de esta extensión del ascenso revolucionario de las masas.

Paralelo a él, se sigue agudizando la crisis de todo el sistema. Las huelgas policiales tienen un significado que va más allá de la propia lucha reivindicativa, porque cuestionan la eficacia de un sector clave del aparato represivo de la burguesía. Las altas jerarquías de las Fuerzas Armadas — de hecho, las propias instituciones— no sólo son objeto del odio, sino también del desprecio y el más absoluto irrespeto de toda la población. Ya nadie teme a los uniformes y los entorchados. Los veteranos de las Malvinas insultan en un acto público a la más alta oficialidad sin que les pase nada. Un oficial encolerizado apunta con su pistola a la cabeza de uno de los que protestaban... y va preso el oficial. Los Comandantes en jefe también son insultados por los padres de los soldados muertos durante los que habían sido planeados como solemnes actos de entrega de medallas de honor militar en homenaje a sus hijos. El general Merlo, gobernador de Tucumán, declara: “voy a meter a todos presos” a los maestros que hagan huelga... y consigue que la huelga sea unánime. El mismo general intenta romper, pistola en mano, la huelga de su policía provincial... y es destituido de su cargo de gobernador.

Pero también la procesión sigue por dentro. Las tres armas se siguen enfrentando públicamente a cada momento. Toman posiciones distintas frente a las huelgas generales, la deuda externa, la política económica, el diferendo con Chile, la sucesión de la cúpula militar... Después de la derrota hay una importante purga en la alta oficialidad de la Marina y la Aeronáutica, no así en el Ejército. Por expresar públicamente sus posiciones sufren arrestos el contralmirante Rojas, Zariátegui, Galtieri, Cesio. No se puede mantener casi nada en secreto porque hay siempre “filtraciones”, incluso de documentos calificados como totalmente confidenciales. Tal es el caso del informe de la Comisión Rattenbach, que se hace

público casi el mismo día que lo recibe la Junta de Comandantes. Empieza la guerra entre los diferentes servicios de inteligencia, cuyo episodio más espectacular fueron las denuncias de Kelly, su secuestro y posterior liberación. Los grandes bonetes del viejo régimen empiezan a ser habitué de los tribunales. Algunos, como el almirante Massera, van presos.

Las demás instituciones burguesas sufren lo suyo. Los partidos están extremadamente débiles y una ola de pánico se desata en las primeras semanas de la reorganización porque parece que nadie quiere afiliarse a ellos. Sus líneas internas no logran ponerse de acuerdo y deben recurrir a una desgastante lucha por la dirección y las candidaturas. La burocracia sindical sigue dividida y cada uno de sus sectores sólo se preocupa de anudar pactos de trastienda con fracciones militares y partidarias.

La contraofensiva burguesa imperialista

Puesta en esta difícilísima situación, la reacción burguesa imperialista traza su estrategia. Trata de usar a su favor dos elementos de la situación revolucionaria para neutralizar los otros dos. Concretamente, quiere usar la ida inexorable a las elecciones y la amplísima democracia conquistadas por las masas para frenar y revertir la crisis total del régimen burgués y de sus instituciones armadas y para neutralizar y contener la movilización revolucionaria. Le dicen a la clase obrera y al pueblo: **“Ahora hay democracia y elecciones; dejen de luchar contra el sistema capitalista semicolonial, las Fuerzas Armadas, el régimen y el gobierno y ‘movilicense’ afiliándose a los partidos, concurriendo a sus actos electorales y votándolos en las elecciones”**. La burguesía intenta, a través de la democracia y las elecciones conquistadas por las masas, fortificar a las fuerzas armadas y a los partidos políticos e instaurar un nuevo régimen que sea estable, basado en las instituciones definidas por la Constitución ultra reaccionaria de 1853: un presidente fuerte, un parlamento dominado por un senado aristocrático y una justicia designada por ese presidente y ese senado.

Por el momento, este intento viene fracasando, ya que las libertades democráticas han permitido, como ya vimos, que las masas pierdan el miedo y se lancen por oleadas a la lucha profundizando la crisis del sistema. Aunque no podemos descartar, como hipótesis teórica, que tenga éxito y logre sus objetivos por un corto interregno. En tal caso se daría lo que denominamos contrarrevolución o reacción democrático-burguesa.

La mejor demostración del significado de esta política burguesa imperialista de superar la crisis y desmontar la movilización revolucionaria con la marcha hacia las elecciones y hacia un nuevo régimen basado en la Constitución de 1853, es la antinomia que se produjo entre la Multipartidaria y las dos grandes huelgas generales. La Multipartidaria, pese a que no faltaron los oportunistas de izquierda — como el PC y PO que la calificaban de “opositora” a Bignone—, se opuso a las dos huelgas generales. Su marcha del 16 de diciembre del año pasado tuvo un objetivo preciso y fundamental: evitar que la primera huelga general, realizada 10 días antes, conmoviera al gobierno y a los propios partidos burgueses. Al mismo tiempo, con esa fúnebre marcha contrarrevolucionaria hacia la democracia burguesa, trataba de matar dos pájaros de un tiro, ganando prestigio y ubicándose en el centro de la escena como “opositora” al gobierno, robándole esa posición a la clase obrera y a sus organizaciones sindicales.

También es cierto que la marcha tenía un segundo objetivo: remachar el acuerdo con el gobierno para que el curso hacia la democracia burguesa se hiciera sin condicionamientos militares, obligando al gobierno a reconocer la derrota de las Fuerzas Armadas y el hecho de que dependía totalmente de los partidos burgueses. Por eso, la marcha es en rechazo a la “concertación” propuesta por la Junta de Comandantes y rechazada por los partidos. Ellos no aceptaban el condicionamiento militar porque querían tener las manos libres y un amplio margen de maniobra para montar y emplear las futuras instituciones de la democracia burguesa de la forma más elástica y eficiente para canalizar y controlar al movimiento de masas en ascenso en medio de una crisis total, económica e institucional de la burguesía. Con la marcha, la Multipartidaria demostraba al gobierno y a las Fuerzas Armadas que los partidos burgueses seguían siendo el apoyo fundamental de Bignone y lo serían también del futuro régimen democrático burgués. Que el poder estaba en las calles y ya estaría en manos de la clase obrera y el pueblo si esos partidos no se hubieran encargado de evitarlo cediéndoselo a Bignone, en lugar de asumirlo ellos mismos, como podrían haber hecho, de haberlo querido, al día siguiente de la caída de Galtieri. Y

que de ahí en más, eran ellos, los partidos, y no los militares derrotados, los encargados de lidiar con el movimiento revolucionario de masas, para lo cual necesitaban de la más absoluta libertad de acción.

En síntesis, la marcha de la Multipartidaria tenía como objeto ratificar su apoyo al gobierno pero recordarle que ese apoyo seguiría si y sólo si Bignone continuaba administrando el suicidio del régimen militar y la instauración de un régimen democrático burgués.

El hecho de que esta política de la reacción imperialista burguesa no haya logrado terminar con la crisis del sistema ni con la movilización revolucionaria de las masas no nos debe ocultar que, sin embargo, ha logrado algunos éxitos importantes.

Aparentemente ha sentado las bases para la superación de la crisis de los partidos políticos, con una afiliación impresionante que llega al 30% del electorado. Ha despertado una pasión político-electoral entre los trabajadores como jamás habíamos visto en nuestro país, a pesar de ser nuestro pueblo tan politizado. Por esa vía está logrando, en cierto grado, hacer olvidar la explotación y la colosal crisis económica. Ha conseguido, en buena medida, postergar los enfrentamientos contra el sistema capitalista semi colonial, alejando la posibilidad de una huelga general que enfrente al régimen en forma completa, total, hasta su caída.

Esto es bastante para la reacción imperialista burguesa, que por el momento se conforma con evitar que estalle otra revolución y con superar la crisis de las instituciones básicas del nuevo régimen que quiere construir, los partidos políticos. Como toda maniobra de la burguesía en una etapa de crisis y ascenso revolucionario, es un éxito efímero, de vuelo corto y con efectos contradictorios. La pasión política, por ejemplo, está permitiendo la ruptura de un sector del movimiento obrero con el peronismo, lo que explica el éxito del MAS y del PO en el terreno de las afiliaciones. Pero no por ello deja de ser una victoria de la maniobra reaccionaria de la burguesía. Un éxito de corto plazo pero peligroso si se transforma en una acumulación de éxitos.

En lo que a nosotros respecta, es necesario que saquemos las conclusiones revolucionarias de los éxitos en sentido contrario: las huelgas generales como expresión más importante del ascenso revolucionario, la profundización en líneas generales de la crisis del sistema capitalista semicolonial y sus instituciones, las oportunidades abiertas de comenzar a ganar a un sector de la clase obrera para el socialismo revolucionario. §

Nuevas consignas para una nueva etapa

A partir de que el golpe de estado de marzo de 1976 inaugura la etapa contrarrevolucionaria, resulta evidente que la consigna central del programa socialista revolucionario pasa a ser “¡Abajo la dictadura!”. Esta consigna sintetizaba la necesidad más inmediata del movimiento obrero y popular: sacarse de encima al régimen genocida para poder recuperar las libertades democráticas y reorganizar libremente sus sindicatos y partidos políticos.

Existían, sí, otras consignas de enorme importancia: la lucha democrática contra la represión, el genocidio, la censura; la lucha reivindicativa por la defensa del salario y el trabajo, cruelmente sumergidos por la burguesía y su régimen. Pero estas consignas eran sólo aspectos parciales que giraban alrededor de la consigna central contra el Proceso. Llamábamos a resistir al régimen en todos esos terrenos, pero al mismo tiempo decíamos que la única manera de defender los salarios o reconquistar las libertades políticas para toda la población y la libertad de organización para el movimiento obrero era derrocando a la dictadura.

Cuando la crisis económica comienza a producir un cambio en la situación de contrarrevolucionaria a prerrevolucionaria, las consignas centrales de nuestro programa siguen siendo básicamente las mismas. Van dejando de ser solamente para la propaganda, como en el período anterior y adquieren un carácter más agitativo. Pero son las mismas consignas centradas en el mismo eje: “¡Abajo la dictadura militar!”, “¡Por la vuelta a los derechos democráticos de la Constitución de 1853!”.

Esta fue nuestra diferencia central con el resto de la “izquierda” y con los partidos burgueses. Todos ellos, incluido y en primer término el PC, no planteaban derrotar y expulsar al régimen y volver a las libertades constitucionales, sino suplicarle una auto reforma, un proceso gradual de apertura democrática controlada por los propios militares. Tanto Alfonsín como el PC sostuvieron, por ejemplo, la necesidad de un gobierno transicional cívico-militar, y esto sólo después de que estalló la crisis. **Política Obrera**, la antecesora del **Partido Obrero**, por su parte, se limitaba a una línea economicista y democratista. Llamaba a luchar por los salarios y las libertades, pero sin centrar esas luchas parciales en el problema del gobierno, en su denuncia de todas y cada una de las luchas y actividades partidarias, en apuntar todas las baterías al logro de esa tarea fundamental, inmediata, de liquidar al régimen militar.

Lo que nos permitió acertar en el programa y las consignas para esta etapa fue nuestro análisis correcto en líneas generales, de lo que había ocurrido en el país con el golpe militar. Sostuvimos que la clase obrera había sufrido una durísima derrota, pero no había sido aplastada, como sí ocurrió en Chile y Uruguay. Y que por lo tanto, el régimen militar inevitablemente no podría estabilizarse por un largo período, sino que iría a una crisis total y también revolucionaria. De allí que estuviera planteada desde el primer día la tarea de derrotarlo como objetivo inmediato. En caso contrario, si el movimiento obrero hubiera sufrido una derrota histórica, aplastante, enfocar hasta la más mínima de sus luchas con ese criterio ofensivo, de enfrentamiento al régimen, hubiera sido un grave error ultra izquierdista que condenaría a nuestra clase a nuevas y tremendas derrotas. Las luchas de ese período, como por ejemplo las heroicas huelgas ferroviarias, nos dieron la razón, fueron enfrentamientos objetivos al régimen militar.

Hoy en día, cuando ya hemos liquidado la dictadura en sólo seis años, mientras nuestros hermanos de clase uruguayos y chilenos aún no han logrado hacerlo en 10 años, salta a la vista la corrección de nuestro análisis y nuestro programa.

La guerra de las Malvinas

Nuestro análisis se vio ratificado nítidamente con la guerra de las Malvinas. Allí se produjo, aunque por una vía no prevista, lo que habíamos vaticinado: una clase obrera derrotada pero no aplastada aprovechó la primera oportunidad que se le presentaba, el escandaloso error de la clase enemiga y su régimen de provocar al imperialismo, para lanzarse masivamente a la movilización revolucionaria junto al resto del pueblo, abriendo una situación revolucionaria.

Precisamente porque teníamos ese análisis correcto pudimos darnos cuenta de, que la recuperación de las Malvinas iba a provocar inevitablemente ese ascenso revolucionario. Y logramos adaptar nuestras consignas centrales rápidamente a la nueva situación.

La movilización revolucionaria de masas deja de darse directamente contra el gobierno y el régimen, para pasar a enfrentarse al imperialismo británico en un principio, a los yanquis, los ingleses y al resto de las potencias imperialistas más tarde y a todos ellos y los traidores “argentinos”, tanto civiles como militares, por último. Comprendimos que ante esa nueva realidad la tarea y consigna principal había dejado de ser la denuncia del gobierno y había pasado a ser el apoyo total a la guerra para derrotar al agresor imperialista.

La denuncia del régimen seguía siendo fundamental, pero la debíamos hacer alrededor del nuevo eje: ganarle la guerra a todo el imperialismo. Decíamos que para ganar la guerra había que terminar con el ataque al nivel de vida de los trabajadores y dar las más amplias libertades al movimiento obrero y popular y denunciábamos al régimen por no hacerlo, debilitando así las posibilidades de triunfo. Decíamos que para ganar la guerra había que tomar medidas revolucionarias contra los capitales y agentes del imperialismo en el país y denunciábamos al gobierno por no hacerlo. Decíamos que para ganar la guerra había que armar al pueblo y atacar sin piedad desde el primer día a la flota agresora y denunciábamos al gobierno por no hacerlo. Decíamos que para ganar la guerra había que apelar a la solidaridad y movilización internacional de los pueblos oprimidos por el imperialismo, a los estados obreros y a la movilización de los trabajadores en los propios países imperialistas, y denunciábamos al gobierno por no hacerlo. En síntesis, levantábamos un programa revolucionario para ganar la guerra antiimperialista, denunciábamos al régimen porque no era capaz de ninguna clase de antiimperialismo consecuente y llamábamos a reemplazarlo para imponer un gobierno que peleara contra el imperialismo en todos los terrenos, apoyándose en la movilización popular.

Dentro de este marco, tuvimos el gran acierto de llamar a no concurrir a las misas contrarrevolucionarias y pro imperialistas del Papa, rechazando su consigna de “paz” por derrotista. También en eso nos quedamos solos, porque todos los partidos burgueses, incluyendo a la Juventud Peronista de “izquierda”, llamaron a concurrir. Y lo mismo hicieron los burócratas sindicales y los partidos de la izquierda oportunista o centrista, como el PC y el PO.

Las consignas para la crisis revolucionaria

A partir de la derrota militar, como ya hemos visto, se abrió un corto período de crisis revolucionaria, es decir de vacío de poder, de derrumbe de las instituciones del Proceso, con la caída de Galtieri y el estallido de la Junta de Comandantes en Jefe, que se prolongó hasta la asunción de Bignone. Durante este período y el siguiente fuimos lentos en hacer un análisis de las nuevas situaciones y en adaptar nuestras consignas y programa a ese análisis. No nos detendremos en detallar esa lentitud ni en tratar de explicarla. Nos limitaremos a señalar, desde nuestra perspectiva actual, cuáles debieron ser las consignas centrales del partido.

La crisis revolucionaria planteaba en forma inmediata el problema del poder. No había régimen ni había gobierno real. La vieja consigna de ¡Abajo la dictadura! se había convertido en algo relativamente abstracto, porque la “dictadura”, es decir el régimen, ya había caído.

Si estaba planteado el problema del gobierno, del poder, era necesario salirle al paso con una consigna positiva, una propuesta de poder. Esa consigna, para ser concreta, debía basarse en instituciones reales, que existieran o hubieran existido. La clase obrera y el pueblo, a lo largo de su movilización revolucionaria no habían construido organizaciones propias capaces de tomar el poder político. Los sindicatos, divididos por la burocracia peronista no habían tenido un rol decisivo en la movilización

popular antiimperialista, en tanto que la propia burocracia no se había quedado atrás en su adhesión al pacifismo derrotista de la burguesía y el Papa. Los sindicatos, intervenidos o severamente controlados no habían emergido, por lo tanto, como organizaciones reconocidas por el pueblo, ni siquiera por la propia clase obrera, para hacerse cargo de la Nación. No había pues organismos, es decir instituciones de poder forjadas por las masas en lucha y reconocidas por todo el pueblo.

Era evidente que la solución progresiva a la crisis revolucionaria estaba aún en el terreno de la democracia burguesa. La consigna para este corto período de crisis revolucionaria era ¡Abajo Galtieri! ¡Que asuma el gobierno el Congreso de 1976! Concretamente, había que decir con claridad que en el país no había ningún poder y nosotros proponíamos uno, el de la última institución democrático-burguesa que habíamos tenido: el Parlamento disuelto por el golpe militar.

Las consignas y el programa para la nueva etapa

La subida de Bignone cierra la crisis revolucionaria y se propone ser el acta de nacimiento de un nuevo régimen político basado en las instituciones de la Constitución de 1853. Aunque el país ahora tiene un gobierno, el de Bignone sustentado en los partidos burgueses, no es para nada un régimen de ese tipo, porque la profundización de la movilización revolucionaria de masas se lo impide. El debilísimo Bignone nada tiene que ver con la institución presidencial fuerte que establece la Constitución. Navegando como barco en la tormenta, Bignone se limita a preparar las elecciones que deberían poner en funcionamiento las instituciones de la Constitución de 1853. En otro sentido, el de las libertades políticas y democráticas, esa Constitución ya está en vigencia aunque Bignone sea un general no elegido por el voto. Los partidos funcionan plenamente y las masas en lucha han conquistado libertades de hecho superiores a las que establece la propia Constitución. Por ejemplo, al ocupar viviendas y terrenos pasan por encima de la propiedad privada constitucional, y al insultar y desobedecer a la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, incurrir impunemente en el “delito” de motín, severamente sancionado por ella.

Con certero instinto, la clase obrera y el pueblo trabajador actúan, aunque no en forma consciente, como si la dictadura ya hubiera sido derribada. Sus nuevas preocupaciones se refieren a cómo sobrevivir ante la espantosa decadencia y colapso de la economía provocadas por el sistema capitalista semicolonial: la miseria salarial, la desocupación, la abrumadora deuda externa, la falta de viviendas, educación y salud, la deserción escolar masiva. Todas las movilizaciones posteriores a Bignone tienen ese carácter: denuncian y combaten las lacras del sistema imperialista burgués en su conjunto. Sus objetivos inmediatos son aparentemente los mismos, que en la etapa anterior, pero antes iban contra un régimen político, la dictadura, y ahora cuestionan a todo el sistema capitalista semicolonial. La clase obrera y el pueblo actúan, aún sin ser conscientes, con una lógica de hierro: ya conquistamos la democracia pero nuestros terribles sufrimientos siguen igual que antes; sigamos la lucha hasta arrancar de cuajo sus causas profundas: el sistema capitalista semicolonial o burgués imperialista. Aún sin saberlo, las masas ya están preparando la revolución socialista.

Las propias movilizaciones democráticas en torno al problema de los desaparecidos, aunque puedan parecer un resabio del Proceso, apuntan objetivamente en el mismo sentido: van contra el pilar del estado burgués, las Fuerzas Armadas que cometieron el genocidio.

Este cambio en la situación objetiva impone un cambio en el programa y las consignas partidarias. En la etapa contrarrevolucionaria, bajo la dictadura del Proceso, nuestra consigna central era negativa: ¡Abajo la dictadura! Igual que en Rusia, Cuba o Nicaragua fue: ¡Abajo el Zar, Batista o Somoza! Porque ante todo, para abrir paso a la revolución socialista, debíamos destruir el obstáculo del régimen burgués contrarrevolucionario. Pero a partir del triunfo de la revolución democrática, de la caída de ese régimen, pasan a ser centrales las consignas anticapitalistas. Si antes llamábamos a los trabajadores a concentrar sus movilizaciones en derribar a la dictadura, ahora los llamamos a que hagan centro en liquidar al sistema capitalista imperialista. Les decimos que la gran tarea es derrotar a los partidos burgueses o pequeño burgueses que están en el poder para que asuma el gobierno la clase obrera con sus partidos y organizaciones. Los llamamos a hacer una nueva revolución para cambiar el carácter del estado, no sólo del régimen político; una revolución social o socialista. Podríamos decir que los llamamos a que hagan en forma consciente y centralizada lo que están haciendo de hecho en forma inconsciente y dispersa: luchar contra el capitalismo y el estado burgués.

Aparentemente las consignas parciales de esta etapa son las mismas que en la anterior: siempre llamamos a la lucha por salarios, ocupación, educación, techo, salud, desaparecidos, libertad y liberación nacional de la opresión imperialista. Pero antes de la guerra de las Malvinas, todas estas consignas se unían en torno a derribar al régimen político, a la dictadura militar. Ahora, en esta etapa revolucionaria y bajo el nuevo régimen, se unen en torno al eje de terminar con el sistema capitalista semicolonial, es decir con el estado burgués, para imponer el socialismo.

Por eso, en esta etapa, nuestras consignas centrales ya no son negativas como antes, sino positivas. Decimos, claro está, ¡Abajo el régimen capitalista semicolonial! Pero fundamentalmente planteamos ¡Por un gobierno de la clase obrera apoyada en el pueblo trabajador! Esta consigna central asumirá las formas más concretas que sea posible, como fue en Rusia. ¡Todo el poder a los soviets!, o en Bolivia ¡Todo el poder a la COB! En estos momentos, como no existen aún en la Argentina organismos de poder de las masas como fueron los soviets o los sindicatos revolucionarios, todavía tenemos que levantar una consigna más abstracta y general: por un gobierno socialista u obrero y socialista. Pero debemos prepararnos para detectar el surgimiento de esos organismos de poder de las masas. Y también, en caso de que no aparezcan, o sean débiles, o se den simultáneamente con la aparición de partidos burgueses o pequeño burgueses que se enfrenten objetivamente al imperialismo, debemos estar preparados para llamar a esos partidos — que hoy no existen — a que tomen el poder y rompan con la burguesía, es decir al gobierno obrero y campesino o — en nuestro caso — obrero y popular.

Tres consignas de transición fundamentales

Dentro de este programa para hacer la revolución socialista se destacan nítidamente tres grupos de consignas de transición de importancia fundamental: las que van contra el imperialismo, las que van contra el nuevo régimen político de la burguesía, y las que responden al gran problema democrático no resuelto: el genocidio.

Contra el imperialismo, mientras seguimos manteniendo nuestras consignas tradicionales (expropiación de los monopolios imperialistas industriales, comerciales y financieros, ruptura de los pactos políticos y militares que nos atan a él, como la OEA, el TIAR, Río de Janeiro, etc.), levantamos una gran consigna central: el no pago de la deuda externa. Esta consigna sintetiza en cierto sentido todas las demás, porque ataca a la expresión más tremenda de la explotación imperialista sobre el país y el pueblo.

Si seguimos pagando, no habrá recuperación económica, ni salario, ni trabajo. Y plantea los restantes problemas: la necesidad de expropiar al imperialismo y sus socios nacionales para evitar el sabotaje económico, tanto como la necesidad de armar al pueblo para enfrentar una eventual represalia del imperialismo mundial y, finalmente, la de imponer un gobierno obrero u obrero y popular que la lleve a cabo.

En el terreno de la lucha contra el nuevo régimen político, también hay un cambio radical de consignas que acompaña al cambio de etapa. La anterior exigencia de voltear a la dictadura para reinstaurar la Constitución de 1853, se ha convertido de progresiva en reaccionaria, porque en esta nueva etapa la burguesía explota y oprime al proletariado a través precisamente de la Constitución de 1853 y sus instituciones. Ahora el enemigo es el gobierno de turno y el régimen institucional sobre el que se apoya. Ahora la lucha es contra el nuevo gobierno que surgirá de las elecciones, y también contra los futuros gobiernos que lo vayan reemplazando. Llamamos a luchar contra la institución presidencial, con sus enormes poderes y sus seis años de vigencia inamovible. Contra el senado aristocrático. Contra la elección por distritos electorales en los cuales se disminuye seriamente la representación parlamentaria de las concentraciones urbanas y obreras. Contra unas Fuerzas Armadas y una Justicia cuyas cúpulas son designadas por ese presidente y ese senado. Y contra las garantías que da esa Constitución a la propiedad privada de la tierra y demás bienes de producción y de cambio.

Concretamente, luchamos contra la Constitución reaccionaria de 1853 y por la convocatoria a una Asamblea Constituyente plenamente soberana y libre, que establezca elecciones absolutamente proporcionales y donde todo el país sea un único distrito electoral, que elimine el senado e implante una única asamblea, que estatuya la revocabilidad de los mandatos de los integrantes de la asamblea en cualquier momento y por simple exigencia de los electores, que implante la elección del presidente por la

asamblea y su revocabilidad en cualquier momento por parte de ella, que imponga la justicia popular, por jurados democráticamente elegidos y que establezca una democracia absoluta de las Fuerzas Armadas, con el derecho a agremiación y organización política de los soldados y suboficiales, la instrucción militar en las empresas, barrios y/o centros de estudio, y la baja deshonrosa y juicio a todo elemento de las Fuerzas Armadas involucrado en el genocidio. Junto con esto, planteamos que esa nueva Constitución debe establecer claramente la ruptura con el imperialismo en el terreno económico, político y militar y la socialización de los bienes de producción y de cambio bajo administración del estado y control de los trabajadores.

En relación al genocidio, nuestras consignas centrales son: la formación de una comisión parlamentaria investigadora, que incluya a los organismos de defensa de los derechos humanos, fundamentalmente a las Madres de Plaza de Mayo y a los sindicatos; que los resultados de sus investigaciones sean hechos públicos en forma completa; que lo que ha hecho el Proceso en estos años cae bajo la figura de genocidio y por lo tanto no puede ser juzgado por los tribunales ordinarios, como no lo fueron los crímenes de guerra de Hitler y sus cómplices; que debe hacerse justicia a través de jurados populares democráticamente designados.

Como ya hemos dicho, la lucha democrática contra los genocidios va objetivamente en contra de estas Fuerzas Armadas. Precisamente por eso, la sabia y pérfida iglesia católica ha tratado de encerrarla en la consigna de “aparición con vida”, explotando los comprensibles sentimientos de madres y familiares. Ha sido una maniobra muy bien orquestada para llevar al movimiento a un callejón sin salida, cuando se enfrenta con la dura realidad: si no la totalidad, la inmensa mayoría de los desaparecidos fueron asesinados. El mismo carácter tiene la posición de Alfonsín, de hacer un juicio político a los Comandantes en jefe que tomaron la decisión del asesinato en masa, llevar a la justicia ordinaria a los que “se excedieron” en el cumplimiento de las órdenes y absolver de culpa y cargo a los que secuestraron o asesinaron cumpliendo órdenes. Es decir, dejar lo más intactas posible a estas Fuerzas Armadas, gran parte de cuya oficialidad fue ejecutora del genocidio.

Tanto la consigna de no pago de la deuda externa, como la de Asamblea Constituyente, como las referentes al genocidio, son tres poderosísimas palancas para la movilización revolucionaria de las masas hacia el triunfo de la revolución socialista. Ni la primera es antiimperialista burguesa ni las dos últimas son democrático burguesas. Una es popular-revolucionaria-anti imperialista, las otras dos son popular-democrático-revolucionarias. Las tres van frontalmente contra el sistema capitalista semicolonial y su gobierno y régimen de turno. §

El estallido del peronismo y la construcción del partido socialista revolucionario de masas

Nada será igual en nuestro país a partir del triunfo de la revolución democrática contra la dictadura. Todo será subvertido, cuestionado y superado. Todo lo viejo entrará en crisis. De esas crisis, la más importante, la que tendrá más consecuencias históricas, será la del peronismo y su burocracia sindical.

La colosal afiliación que ha obtenido el Partido Justicialista parecería indicar lo contrario. Sin embargo, sostenemos que pese a ella o debido justamente a ella, el peronismo ha entrado en otra etapa de su agonía. La crisis del peronismo provocará una verdadera revolución mental en todo el movimiento obrero y de masas, cuya dirección política y sindical ha venido monopolizando en forma casi absoluta durante cuarenta años.

Para comprender este presente y futuro inmediato, comenzaremos por recordar su pasado y sus contradicciones.

El gobierno de Perón y el movimiento obrero

Antes del peronismo, la dirección de la clase obrera argentina había estado en manos del anarquismo y el socialismo primero y del comunismo y el socialismo más tarde. Para la época en que surge el peronismo, el anarquismo estaba en vías de extinción. Socialistas y comunistas, en cambio, controlaban política y sindicalmente al proletariado. Eran partidos reformistas y burocráticos, no revolucionarios. Pero expresaban una alta conciencia política de los trabajadores, que no confiaban en la burguesía ni en sus gobiernos y aspiraban a lograr el socialismo.

Ambos partidos traicionaron brutalmente a la clase obrera en los prolegómenos y durante la segunda guerra mundial, al plegarse con todo a la ofensiva colonizadora del imperialismo yanqui sobre un país que, hasta ese entonces, dependía del imperialismo inglés. La consigna fundamental de esa traición fue la exigencia de que la Argentina entrara en la guerra dentro del campo aliado. Posteriormente, sería la de que se integrara incondicionalmente al sistema interamericano montado por los Estados Unidos para institucionalizar en el terreno económico, político y militar su control sobre sus semicolonias latinoamericanas.

El peronismo intentó resistir esa ofensiva colonizadora, pero no porque fuera un movimiento nacionalista revolucionario. Por el contrario, era una derivación del viejo régimen reaccionario y trataba de defender la vieja estructura del país, estrechamente supeditada a Inglaterra. El neutralismo en la guerra había sido impuesto por el viejo imperio, que había reservado a su semicolonia Argentina el papel de abastecedora de alimentos para sus tropas y quería garantizarlo a través de buques de bandera neutral. Sin embargo, la decadencia y debilidad de los británicos los obligó a irse retirando de sus antiguas colonias y semicolonias. Paralelamente, casi todos los sectores de la burguesía fueron abandonando al viejo amo y se fueron pasando con armas y bagajes al campo del pujante imperio del Tío Sam.

El peronismo, para defender su plan reaccionario, no tuvo más remedio que apoyarse en el movimiento obrero. A través de la Secretaría de Trabajo, Perón alentó y favoreció el desarrollo de cualquier organización sindical que se opusiera a la entrada de la Argentina a la guerra y enfrentara al

frente político radical-socialista-comunista, la Unión Democrática comandada por el embajador yanqui Braden. Todo sindicato que cumpliera con esas condiciones lograba importantes concesiones económicas para sus trabajadores. La clase obrera, que se enfrentaba cotidianamente a las empresas británicas y norteamericanas, se veía traicionada, también en el terreno reivindicativo, por socialistas y comunistas que se oponían totalmente a hacer huelgas contra las patronales “democráticas”. El proletariado supo ver con claridad que el nuevo enemigo eran los yanquis y sufrió en carne propia la deserción tanto política como sindical de sus viejos partidos. Rompió con ellos y se volcó masivamente al peronismo. Jamás hasta el presente los comunistas y el viejo socialismo reformistas lograron recuperarse de ese desastre y volver a hacer pie en el movimiento obrero.

Ya desde el gobierno, Perón consolidó su control sobre los trabajadores por medio de grandes concesiones económicas. Pudo hacerlo porque la Argentina era el país semicolonial más avanzado del mundo, el más rico, la Arabia Saudita del sistema imperialista. Había ocupado durante más de 50 años el quinto puesto en el comercio mundial. Aunque había comenzado su decadencia desde 1930, ésta era gradual y lenta. Durante la guerra mundial acumuló millones en divisas y logró una posición económica aún más sólida y privilegiada. Estas nuevas riquezas, sumadas a las ya heredadas de la gran acumulación capitalista anterior, permitieron a Perón conceder esas enormes conquistas al movimiento obrero, convirtiéndolo en uno de los mejor pagados del mundo. No llegó, por supuesto, al nivel de vida de un trabajador yanqui o europeo, pero sus pautas de consumo eran similares y no estaba condenado al hambre como sus hermanos latinoamericanos. Y los recursos eran tan grandes, que el peronismo pudo hacer todo esto sin perder por ello sus características reaccionarias, de defensa de la estructura oligárquico-burguesa del país.

Para el proletariado, estos avances fueron al mismo tiempo, una tragedia. Perdió su anterior conciencia política de clase, de independencia de la burguesía y aspiraciones socialistas. A partir del peronismo, la clase obrera argentina no ve la necesidad de ejercer el gobierno, ni por vía electoral ni mucho menos revolucionaria. Cree en que sus problemas se pueden solucionar a través de un gobierno burgués bueno, paternal, que le otorgue mejores condiciones de vida desde arriba, desde el estado.

Una grave contradicción: conciencia política y conciencia sindical

Desde el poder, Perón favoreció el desarrollo de un poderosísimo aparato sindical, con sindicatos únicos por rama de industria centralizados en una sola central obrera, la C.G.T. y con organismos de base por empresa, las comisiones internas y cuerpos de delegados. Esos sindicatos han organizado desde entonces a más del 90% de los asalariados. Al mismo tiempo se encargó de asegurar el férreo control estatal sobre los sindicatos, alentando el nacimiento y consolidación de una riquísima casta burocrática enormemente privilegiada; de hecho, funcionarios del estado burgués designados en los pasillos del Ministerio de Trabajo asumieron el control absoluto de las cúpulas sindicales.

Pero allí se estaba generando una contradicción que cruzaría durante cuatro décadas al movimiento obrero y al país. La organización sindical fue acompañada y al mismo tiempo producida por grandes luchas de los trabajadores, no sólo por la protección estatal del peronismo. Las comisiones internas y cuerpos de delegados fueron organismos de poder obrero dentro de las empresas, que disputaban el control de éstas a los propios patrones. Las grandes huelgas sindicales eran cosa de todos los días. Las huelgas generales de casi todos los años y más de una vez, varias por año. El movimiento obrero argentino logró una conciencia y organización sindical de las más altas del mundo, sólo comparable a la del proletariado británico y quizás al israelí.

La conciencia política fue hacia atrás, la sindical hacia adelante. El proletariado seguía a un partido burgués y quería un gobierno burgués y bonapartista— ni siquiera democrático— como el de Perón. Al mismo tiempo, por medio de sus organizaciones y su combatividad sindical, defendía su elevado nivel de vida, derrotaba planes burgueses de austeridad, cuestionaba el control de la burguesía sobre las empresas, combatía y triunfaba sobre golpes de estado reaccionarios o desestabilizaba y hería de muerte a gobiernos civiles de su enemigo histórico, el gorilaje antiobrero, como el del radical Illia.

Durante todos estos años, la clase obrera argentina no ha podido superar esta contradicción entre su conciencia política ultra capitalista, reaccionaria, que mira hacia atrás, que quiere volver a un gobierno burgués, paternalista y bonapartista que le haga concesiones, sin importarle si es reaccionario o no y su

tremenda combatividad y organización sindical. Esta contradicción es la que ahora se expresa en la crisis del peronismo.

El peronismo en la oposición

La caída del gobierno peronista por el golpe gorila de 1955 no cambió su carácter de organización burguesa con características bonapartistas y que busca la protección estatal. Desde el llano, Perón tuvo tanta o más fuerza que cuando gobernaba para imponer su voluntad a su partido y seguir manteniendo el control del movimiento obrero y de masas. El golpe gorila, en lugar de debilitarlo lo fortaleció, porque cortó de cuajo la experiencia que los trabajadores habían comenzado a hacer con su gobierno cuando terminó la época de las vacas gordas y que había comenzado a expresarse en las primeras huelgas de sectores aún minoritarios de la clase obrera en los últimos años de su gobierno.

A partir del golpe, se abre un período de 18 años en que el movimiento obrero luchará por el retorno de Perón al país y al gobierno. Una clara expresión del atraso político de los trabajadores, que querían volver hacia atrás, hacia el gobierno burgués bonapartista de Perón, y no marchar hacia adelante, hacia un gobierno obrero. Esa conciencia atrasada es la clave de la tremenda fuerza de Perón y su burocracia sindical, que pudieron manipular a los trabajadores para que actuaran directamente en contra de sus intereses históricos, acatando la orden de votar a Frondizi — un gobierno directamente pro imperialista— o aceptando el apoyo de su líder y su burocracia al golpe de estado de Onganía sin entrar en crisis con ellos. Perón, su partido y su burocracia sindical tienen las manos libres para hacer las peores iniquidades, como las ya mencionadas o la más reciente de colaborar de lleno con el Proceso, el mismo que había volteado a Isabel.

Pero este gran margen de maniobra, esta existencia de un bonaparte que arbitra en los conflictos entre las diferentes alas del movimiento y logra mantenerlo unido e incondicionalmente apoyado por los trabajadores y el pueblo, incluso desde el llano, tiene su explicación, nuevamente, en el terreno económico. Aún sin gobierno peronista, la decadencia argentina sigue siendo gradual, no explosiva. Continúa el desarrollo industrial orientado hacia un poderoso mercado interno que sustituye importaciones y logra mantener en líneas generales el pleno empleo. Mantiene y refuerza el consumo obrero y popular de tipo “yanqui” o “europeo” con un masivo ingreso de capitales imperialistas, sobre todo durante los gobiernos de Aramburu y Frondizi. El trabajador puede realizar aunque sea al final de una dura vida de explotado, el sueño de la casa propia con los indispensables artefactos de confort. Muchas mujeres de los trabajadores no se ven obligadas a trabajar. Sus hijos pueden ir a la escuela, muchos acceden a la enseñanza secundaria, algunos a la universitaria. La salud es buena, garantizada por el estado y las obras sociales de los sindicatos. Decenas de miles de obreros tienen auto, pueden instalar un pequeño negocio propio e incluso comprar una modesta casita para los fines de semana. También pueden ir a los mejores centros turísticos del país, gracias a los grandes hoteles de los sindicatos.

Desde los últimos años del gobierno de Perón en adelante hay, sí, una ofensiva burguesa contra ese alto nivel de vida. Pero el poderoso movimiento sindical aprovecha el hecho de que la decadencia económica sea lenta para resistirla con relativo éxito. No se logran nuevas y superiores conquistas, pero se puede resistir mal que bien esa ofensiva, pelear los salarios, lograr convenios laborales más o menos aceptables. Se pierde siempre algo, pero lentamente. La participación de los salarios en la producción de riquezas nacional disminuye, pero no cualitativamente, en relación al 50% de la época del primer gobierno de Perón.

Esta situación mantiene abierta en la conciencia del movimiento obrero la perspectiva de seguir viviendo relativamente bien bajo el sistema capitalista. Atribuye la pérdida gradual y no cualitativa de éstas a los sucesivos gobiernos y alimenta la ilusión de que un nuevo gobierno peronista le haga nuevas concesiones y los devuelve a su época de esplendor. Pero además permite que la dirección sindical siga manteniendo sus relaciones con el estado burgués haciendo acuerdos con los sucesivos gobiernos, salvo períodos breves y excepcionales — el primer año o año y medio de Aramburu y en cierta medida el período de Illia—. Hay márgenes económicos para mantener una política reformista, si no de arrancar nuevas concesiones al menos de defender las existentes negociando y dando sólo pequeños pasos atrás. De allí que la burocracia sindical pueda jugar un rol tan pérfido y reaccionario en toda esta etapa sin perder el control de los sindicatos. Que el peronismo mantenga lo esencial de su estructura, lo que el propio Perón

denominaba la “columna vertebral del movimiento”, la clase obrera sindicalmente organizada. Y que esa estructura conserve la ideología peronista: la burocracia busca el acuerdo con los militares y la protección del Estado — sea quien fuere el que esté en el gobierno— y al mismo tiempo, se apoya políticamente en Perón, para no romper con la clase obrera que seguía siendo peronista.

Comienza la crisis: el gobierno de Isabel

Todo este fenómeno comienza a resquebrajarse, como anticipo de un cambio total, cuando estalla la gran crisis económica del sistema imperialista capitalista mundial a partir de 1974/75. El impacto de esta crisis sobre el sistema capitalista semicolonial argentino es devastador. Lo que hasta ese entonces era decadencia lenta y gradual se transforma en crisis violenta, colapso y descomposición de la economía argentina. A partir de entonces, no hay más salida reformista para la burguesía, ni para sus partidos — peronismo incluido—, ni para la burocracia sindical. La burguesía se ve obligada por la crisis a lanzar una ofensiva económica total contra el movimiento obrero; precisamente bajo el nuevo gobierno peronista que las luchas obreras y populares habían logrado imponer después de 18 años de combates. Ya no se trata de recortar las conquistas del proletariado, sino directamente de suprimírselas de cuajo. La clase obrera argentina no podrá mirarse más en el espejo de Europa o Norteamérica. Ahora el espejo le devuelve la imagen de los trabajadores latinoamericanos y del “tercer mundo”. La casa propia, la educación de los hijos, la salud, la mujer en el hogar, son sueños de un pasado que se esfuma. Por delante está el hambre y la desocupación.

La base económica de sustentación del peronismo ha desaparecido. La contradicción entre la alta combatividad y conciencia sindical del proletariado y su atrasadísima conciencia política burguesa reformista, se hace antagónica. El movimiento obrero enfrenta a Isabel Perón con la huelga general de 1975 que expulsa del gobierno al ministro de economía, Rodrigo, y a López Rega. Los montoneros rompen con el gobierno que ellos mismos votaron y vuelven al terrorismo. Perón los echa de la Plaza de Mayo.

La clase obrera empieza a darse cuenta del carácter profundamente reaccionario del peronismo. Empieza por odiar a Isabel, aunque siga venerando al líder muerto. En realidad, Perón se muere a tiempo para salvar su imagen. Si hubiera seguido vivo, el odiado sería él, no sólo su esposa.

Se levantan, sin embargo, dos obstáculos momentáneos, que evitan que la decepción de los trabajadores con el peronismo se convierta en una ruptura masiva. El primero son los propios montoneros, con su política elitista y criminal. Ellos hacen su propia guerra civil de bolsillo contra el gobierno, con métodos ajenos a la clase obrera, que son repudiados por ésta y cuyas consecuencias sufre, ya que la burguesía aprovecha la provocación guerrillera para reprimir a toda la izquierda y a la vanguardia sindical independiente y clasista que venía surgiendo. Para hacer “su” guerra, los montoneros sacan de las fábricas, universidades y colegios, a la vanguardia obrera y estudiantil que ellos mayoritariamente agrupaban, la alejan de las masas abortando la posibilidad de que surgiera una nueva dirección alternativa a la de la burocracia del partido peronista y la llevan al exterminio.

El segundo obstáculo es el golpe militar, que derroca a Isabel e impide, una vez más, que los trabajadores completen su experiencia y terminen de romper con el gobierno. Frente a las atrocidades del Proceso, cualquier cosa, incluso el gobierno de Isabel, será recordada por el movimiento obrero y de masas como un mal menor.

Pero las semillas de la crisis definitiva y total del peronismo ya estaban sembradas y habían comenzado a germinar. Las acciones nefastas de los montoneros y el golpe militar postergaron su estallido pero no lograron detener su desarrollo que, durante siete años, se mantuvo aunque en forma subterránea.

El peronismo en crisis

El gobierno militar llevó hasta el final la política de Isabel: su ofensiva contra los trabajadores y el pueblo fue despiadada. Anuló todas las conquistas que les había otorgado el peronismo, es decir que tuvo éxito donde Isabel había fracasado. Cerró así definitivamente la etapa económico-social reformista que explica los 40 años de monopolio peronista de la dirección política y sindical de los trabajadores.

El peronismo sufrió el impacto. Su sector político se dividió entre los ultra verticalistas, que querían conservar el carácter bonapartista del movimiento en torno a la figura de Isabel y los “anti-verticalistas”, que lo querían transformar en un partido democrático-burgués “serio y respetable”, como infinitas variantes y corrientes entre uno y otro polo. La burocracia sindical también se fracturó en dos centrales sindicales. La liderada por Triacca, que es la que acepta la nueva situación y en estrecho contacto con los anti-verticalistas, promueve un nuevo tipo de sindicalismo, que no se meta en política, estrictamente “profesional” y que mantenga sus privilegios de la colaboración directa con los patrones de cada empresa o rama y no fundamentalmente de la protección estatal. Ubaldini y Miguel, en cambio, quieren un nuevo pacto con los militares, para recuperar el papel político de los sindicatos como organismos cuasi estatales, obtener algunas concesiones que reubiquen a la burocracia frente a sus bases y sobre todo, volver a tomar en sus manos los recursos de las obras sociales, calculados entre tres y cinco mil millones de dólares anuales.

Por debajo de estas fracturas, bajo el régimen militar continuó el deterioro del peronismo político y sindical entre las masas. La clase obrera profundizaba su odio a la dirigencia peronista por su incapacidad para resistir al golpe, por su colaboración con éste, y sobre todo, por su cobarde pasividad frente a la ofensiva contra las condiciones de vida y de trabajo. Todo ello sintetizado en una frase, repetida por millones: los dirigentes políticos y sindicales peronistas “no hacen nada” o “se borraron” y nos dejaron solos y desorganizados frente al gobierno militar genocida y hambreador. Una ausencia doblemente sentida cuando irrumpió la movilización popular antiimperialista y revolucionaria por las Malvinas, durante la cual el peronismo, abjurando de sus proclamadas banderas antiimperialistas, estuvo totalmente ausente.

El triunfo de la revolución democrática ha golpeado fuertemente al peronismo, en forma mucho más terrible que la contrarrevolución con su dictadura. Las masas están ávidas de democracia, no sólo en el país político sino en todo terreno, incluido su partido tradicional y sus sindicatos. El peronismo está sacudido en lo que es su carácter fundamental: el bonapartismo verticalista. Las afiliaciones masivas lo obligan a entrar en un proceso de reorganización partidaria democrática o al menos formalmente democrática. Surgen decenas y decenas de fracciones que disputarán en las urnas la dirección del Partido Justicialista. Ya no está el “sabio dedo” de Perón para imponer una cúpula dirigente a su antojo, arbitrando en forma indiscutida entre los diferentes sectores. Los ultra verticalistas, aunque sigan haciendo una cuestión de principio que subsista la estructura vertical, no democrática del movimiento, están obligados a pelear ese proyecto en las elecciones internas, como cualquier otra corriente.

Independientemente de qué corriente se imponga, no creemos que el peronismo pueda evitar el colapso definitivo. No, porque dos proyectos antagónicos, como el de los verticalistas y los anti-verticalistas, o el de Triacca y el de Miguel, no puedan subsistir durante un período prolongado dentro de un mismo movimiento, sino porque esa coexistencia se hace imposible en la actual situación de crisis económica extrema y de ascenso revolucionario de las masas. Estas golpean y golpean, mientras la burguesía no puede, aunque quisiera hacerlo, darles concesiones económicas para calmarlas. En estas condiciones, podrá existir alguna clase de peronismo o neoperonismo. Pero no puede sobrevivir el peronismo tal cual ha sido desde su origen, es decir basado en una burocracia riquísima y muy poderosa protegida por el estado que logra concesiones económicas para los trabajadores. Todo lleva, pues, a la ruptura del movimiento obrero con este peronismo al que se ha mantenido adherido durante largas décadas precisamente por esas concesiones o por la esperanza de que volvieran.

Nada puede evitar esa ruptura y junto, antes o inmediatamente después de ella, el estallido del peronismo en diferentes fracciones se va a producir inevitablemente. Este estallido puede causar la aparición de corrientes o tendencias peronistas organizadas que vayan hacia la izquierda o bien, lo que es más probable, originará procesos de ruptura individual o de grupos, pero igualmente masivos.

Creemos que esta explosión de la crisis se dará también tanto si el peronismo gana las próximas elecciones como si es derrotado. Actualmente, las elecciones han logrado forjar una débil unidad de acción de todas sus fracciones, y una especie de frente electoral, para tratar de ganarlas. Pero una vez en el gobierno nada podrá impedir que los trabajadores hagan su última experiencia con él, y lo abandonen definitivamente. Como tampoco se podrá postergar más el choque frontal entre los diversos y antagónicos proyectos políticos que hay en su seno. Por el contrario, de asumir el gobierno, la lucha y fragmentación entre ellos sería fulminante porque se estaría discutiendo concretamente cuál de los proyectos implementar

desde el poder. La crisis interna se expresará no sólo en el entorno del poder ejecutivo, sino públicamente en el Parlamento.

Aunque puede adquirir otras formas, lo mismo ocurrirá si ganan los radicales. Descontando el impacto de una derrota electoral sobre un partido que ha ganado desde su nacimiento todas las elecciones libres que ha habido en el país, un triunfo radical también dividiría aguas en el peronismo. El radicalismo en el poder negociará con un sector, tanto político como sindical, para dividirlo en torno a la siguiente opción: a favor o en contra de la ofensiva contra el nivel de vida de las masas y contra el propio país para seguirlo colonizando al servicio del imperialismo. El peronismo indudablemente se dividirá alrededor de este dilema, con la gran mayoría de su cúpula política y sindical dispuesta a colaborar con el gobierno radical contra el movimiento obrero.

La posibilidad de que venga Isabel no modifica este pronóstico, cualquiera sea su actitud: intervenir con todo en el movimiento y hasta autoproclamarse como candidata, o abstenerse de hacerlo.: En uno y otro caso, echará leña al fuego de la crisis. Por las razones ya enunciadas — la crisis económica, la movilización revolucionaria y la ofensiva burguesa imperialista del futuro gobierno contra los trabajadores, el pueblo y el país — los distintos proyectos políticos que hay en el seno del peronismo están condenados a romper.

En cualquier caso, con el peronismo en el gobierno o en la “oposición”, con Isabel o sin Isabel, la crisis más importante será la de sus bases obreras y populares. Una crisis que se expresará en las calles, en todas las movilizaciones que haya del movimiento obrero. Si el gobierno es peronista, serán la continuación del “rodrigazo” de 1975. Si es radical, la prolongación de tres décadas de lucha contra el gorilismo encaramado en el poder y los sectores peronistas que se aliarán con él. De una forma o de otra, todo el peronismo saltará por los aires.

Hacia el partido socialista revolucionario de masas

El peronismo ya está en crisis. Así lo demuestran sus fracciones públicas, políticas y sindicales. Lo ratifican los centenares de listas que se presentan a la elección interna. Sus relaciones con el movimiento obrero y popular están sumamente deterioradas. Hay poca militancia obrera peronista. El escepticismo de los trabajadores en las direcciones y el odio a Isabel es generalizado, aunque sigan rutinariamente en el movimiento. La gran afiliación, donde se combina esa adhesión rutinaria por peso de inercia, con la gran pasión por intervenir en política que ha despertado entre las masas la revolución democrática triunfante, no nos debe ocultar esa realidad profunda.

La burocracia sindical peronista no está mejor. Es detestada por el movimiento obrero. A la crisis que se expresa en la división de la CGT, se suma esta otra, mucho más importante. La burocracia sale muy débil de la contrarrevolución porque el proceso dio duros golpes a la estructura sindical en la cual ella medra y le sacó durante largos años la inagotable fuente de recursos de las obras sociales. Pero sobre todo está muy débil porque ningún trabajador cree en ella. No hay cuadros medios, activistas de base de la burocracia en las empresas, como hubo en todas las épocas anteriores. La crisis total de la burocracia no tiene por qué ser simultánea en el tiempo con la crisis del peronismo como movimiento político. Pero la revolución democrática no va a dejar piedra sobre piedra de ninguna de las estructuras totalitarias del país. Tarde o temprano penetrará dentro mismo de las organizaciones obreras y la burocracia, tal cual la conocemos, será aniquilada. El hecho de que en las primeras elecciones sindicales que se realicen puedan volver a triunfar las listas de la burocracia no nos debe confundir. También será por peso de inercia, como los seguros millones de votos peronistas en las próximas elecciones nacionales. Pero ya entramos en la etapa en que los obreros realizarán su propia revolución democrática y echarán a los odiados burócratas con sus matones por las ventanas de los sindicatos.

El proceso electoral ha podido evitar hasta ahora que esta crisis del peronismo estalle. Quizás no lo haga hasta después que asuma el próximo gobierno. Pero el estallido está allí, en el futuro inmediato en las próximas semanas o en los próximos meses. Cuando se produzca, la loza peronista que ha impedido durante 40 años el surgimiento de una nueva dirección socialista y revolucionaria de la clase obrera, habrá desaparecido.

Nuestra corriente debe estar preparada para ello. Hemos tenido el acierto de precisar que tras la asunción de Bignone se abría una etapa electoral y que, por la ausencia de una dirección socialista

revolucionaria reconocida por las masas, se iba a llegar inexorablemente a las elecciones burguesas, aún en medio de grandes y crecientes movilizaciones. Nuestra intervención en el proceso legal y electoral nos ha permitido el espectacular crecimiento de nuestros locales y nuestra prensa. Hay grandes síntomas de que una amplia vanguardia, o quizás un sector aún minoritario de la base obrera peronista están rompiendo ya mismo con su partido tradicional. Esta es la única explicación objetiva de nuestros éxitos.

Comenzamos a caminar hacia la construcción de un partido socialista revolucionario de masas. Pero aún no hemos llegado a serlo, porque la crisis del peronismo todavía no estalló. No se necesita mucha imaginación para imaginar lo que ocurrirá cuando esto suceda, en esos barrios, fábricas y talleres, cuando los trabajadores dejen de ser peronistas y decidan sacarse de encima a la burocracia sindical. Recién entonces, cuando reviente la crisis abierta y no oculta del peronismo y la burocracia, entraremos de lleno en la etapa de construcción de un partido con influencia de masas. Una parte sustancial del movimiento obrero podrá ser ganada por nuestro partido. Quizás la mayoría, o quizás sólo una minoría pero muy importante. Quizás la ganemos directamente con nuestras propuestas políticas o quizás lo hagamos en forma combinada o mediada por nuestras corrientes sindicales antiburocráticas y anti-patronales, ampliando y continuando la heroica experiencia del Sitrac-Sitram.

Se trata de saber si ganaremos la mayoría o una gran minoría, si emergerá una nueva dirección obrera directamente política o sindical política. Pero es inevitable que la ganemos y extendamos sobre un amplio sector de masas la influencia de nuestro partido. §